

buen garrote, por lo que pudiera tronar. No conocía á *Madama*, pero viéndola sola y en peligro, presentábase para acompañarla, galante y fiero, como un hidalgo del teatro de Calderón.

Al llegar al puerto se arremolinó la muchedumbre. El poeta hizo descender del carruaje á la señora y sus pequeñuelos, la dió el brazo y avanzó por entre los grupos.

— Paso, señores — gritaba con énfasis caballeresco. — Paso; que acompaño á una dama y unos niños.

Y la gente, intimidada por la voz del hombre ilustre, le abría paso. Dejó á la señora en una lancha; se quitó el gran fieltro, quedando al descubierto su merovingia cabellera; besó aquella mano femenil como si estuviese en un salón, y luego, mientras se alejaba el bote, arengó á las masas populares, que recobradas de su sorpresa, intentaban caer sobre él.

* * *

El nombre de Leopoldo Lugones es, de toda la juventud literaria argentina, el más conocido en los países que hablan español. Lo mismo en Madrid que en las capitales de muchas Repúblicas americanas, hay poetas noveles que sólo juran por él. Algunos de sus sonetos circulan como las monedas de oro de curso internacional, y vivirán seguramente más tiempo que estas

piezas, de lento desgaste y luenga duración.

Este poeta tiene, según los críticos, el defecto de un *francesismo* exagerado; pero yo creo que no hay que curarse tanto de las procedencias literarias de los autores. Lo importante es que posean las condiciones de un verdadero artista; que produzcan belleza y tengan originalidad en sus pensamientos é imágenes.

Siguiendo el procedimiento en moda de comparar las cualidades literarias con las artes plásticas, puede decirse que Lugones es un poeta pictórico más que escultórico. Tiene sonetos que son verdaderos cuadros. En catorce versos condensa un paisaje, una escena, que quedan fijos en la retina para siempre lo mismo que una impresión visual directa. Transcurre el tiempo, y al recordar un solo verso de estas obras resucitan en la imaginación, como visiones reales, la laguna dormida entre cañas, la belad desnuda asombrando á las



PATIO DE UN «CONVENTILLO» DE BUENOS AIRES

fieras, todas las sublimidades plásticas que este poeta cristaliza en un soneto con la maestría de Heredia.

Es un artista del color y las imágenes; sobre todo de las imágenes, originales y muy suyas. Al producirlas en gran cantidad y prodigarlas generosamente, se equivoca algunas veces, como se equivocaba Víctor Hugo, y la imagen, en fuerza de ser original, resulta extravagante. Error es este preferible á la repetición servil de imágenes gastadas y manidas que cayeron en el dominio común. Pero cuando Lugones acierta, cuando la imagen resulta justa, no hay pincelada de maestro que llegue á superarla.

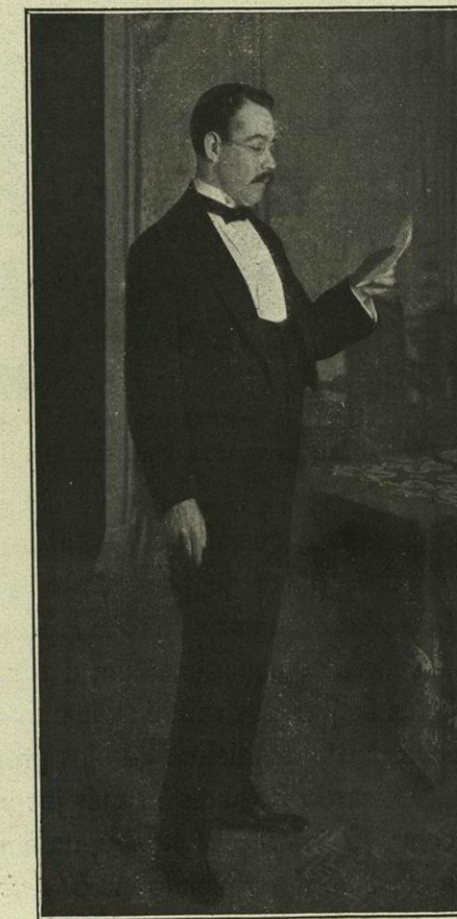
Este poeta, que puede llamarse masculino, si se le compara con ciertos talentos de la poesía moderna, débiles y afeminados, no vive aparte de las aspiraciones de su época, no adora el pasado y finge un pseudo-catolicismo como los imitadores de Verlaine. Lugones ha sido socialista, hace política, escribe sobre cuestiones pedagógicas y obreras, y tiene en sus versos magníficos atrevimientos contra lo existente. Un hábito de rebeldía infunde á todas sus obras un encanto varonil.

Como la mayoría de los escritores argentinos, Lugones es múltiple en sus manifestaciones literarias. Escribe poesías, estudios pedagógicos y artículos de política. Sueña una parte del día y traduce sus ilusiones en hermosos versos. Las demás horas las emplea escribiendo en *El Diario* sobre lo que piensan los ministros ó lo que han dicho los senadores. ¡Impurezas de la realidad á que se ven condenados los literatos en todo país que no da lo suficiente para vivir de la pluma y obliga á refugiarse en el periodismo!

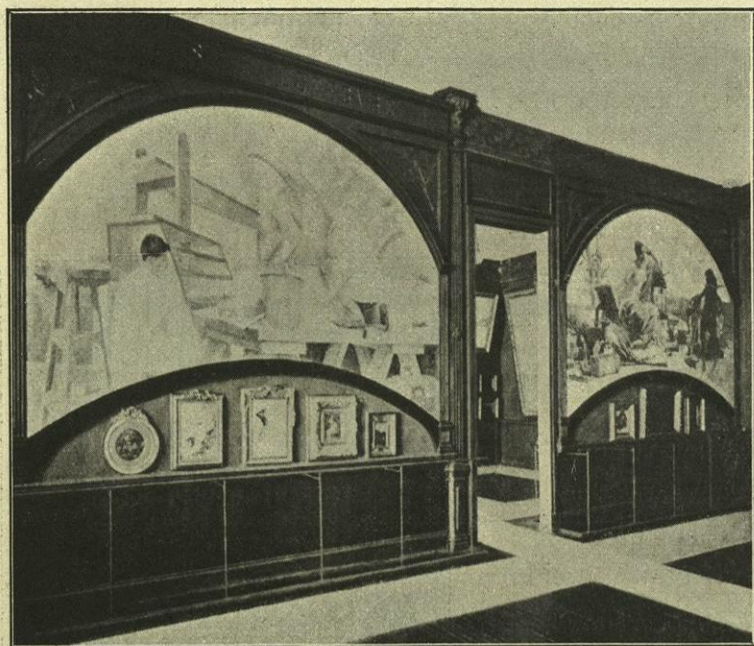
Lugones cincela admirablemente la prosa. Sus versos le han dado una fama internacional; pero yo, en mi predilección, coloco sobre todas sus obras *El imperio jesuítico*, estudio histórico y geográfico escrito en un lenguaje impecable y abundante en descripciones exactas, sobrias y coloridas, dignas de su talento pictórico-literario. *Las montañas de oro* y *La guerra gaucha*, siendo dos libros bellos, no pueden compararse con sus pinturas de la selva misionera, que despiertan una sensación de verdad, como si el lector contemplase directamente estos espectáculos naturales.

Los que llegan á conocer después, en un viaje, los bosques vírgenes, sienten mayor admiración por la obra del poeta. La realidad les recuerda sus descripciones literarias, como las selvas europeas, rumorosas y venerables, evocan en la imaginación los susurros y estremecimientos de la floresta de Sigfrido cantada por Wagner. Y no se sabe qué preferir, si el modelo que ofrece la naturaleza, monótono y grave, ó la interpretación artística, ligera, alada, luminosa.

Al llegar á Buenos Aires, esperaba yo encontrar á Lugones ocupando una alta posición. Le sabía joven, pero me imaginaba que, á pesar de esto, sus estudios pedagógicos, ya que no su fama de poeta, le habrían proporcionado un buen puesto oficial en un país que tanto atiende á la enseñanza. Le encontré periodista, simple periodista; corrigiendo las pruebas de sus escritos anónimos, y discutiendo con el regente de la imprenta la confección de *El Diario*. Su pluma



DON LEOPOLDO LUGONES



MUSEO DE BELLAS ARTES. SALA DE DECORACIÓN

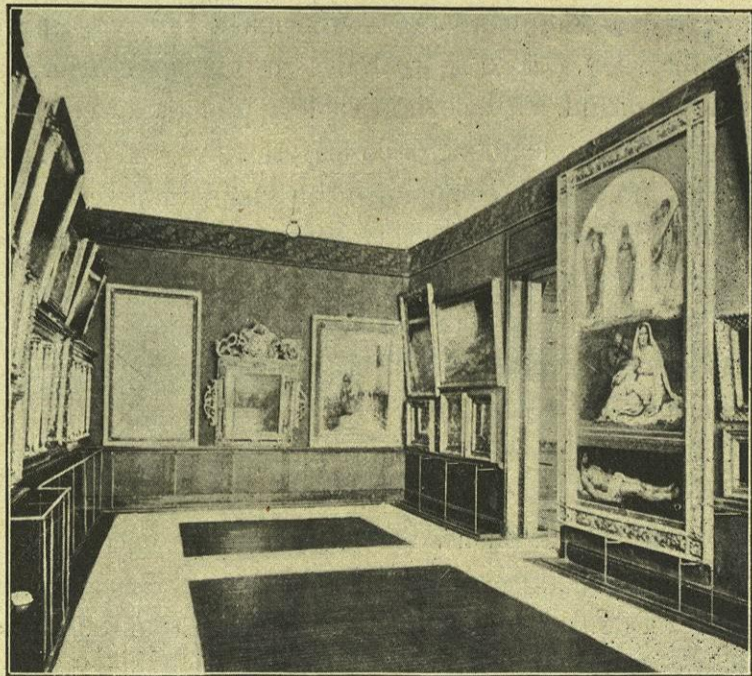
no encuentre oportunidad de abandonarlo, lo que habrá que deplorar por él y por la Argentina.

Otro poeta de gran mérito es José Palacios, que firma sus versos con el pseudónimo de *Alma Fuerte*, popular en toda la República. Este pseudónimo revela el carácter viril de su poesía. Vive alejado, según cuentan, del trato social, en reflexivo aislamiento, contemplando á distancia las flaquezas y miserias humanas. Algunos de sus cantos tienen una grandeza terrible, que recuerda las maldiciones de los profetas bíblicos.

Ricardo Rojas es el más joven de los poetas contemporáneos. Se dió á conocer con su poema *El triunfo del hombre*, de amplia y vigorosa concepción; pero luego sus glorias han sido de prosista, describiendo en *El país de la selva* los restos de la antigua vida argentina, que aún perduran en el presente. Notable colorista, alcanza á dar sensaciones muy intensas en la pintura literaria de personas y cosas.

Su último libro, *La restauración nacionalista*, es la obra de un patriota que se siente alarmado por la influencia del cosmopolitismo, y ansía robustecer la individualidad de su nación.

Los poetas cuéntanse á centenares en la República Argentina. Aun descontando los de escaso mérito, queda en Buenos Aires un numeroso grupo de jóvenes, que poseen un talento real y han producido hermosos versos. Sus nombres llenarían páginas enteras. Esta abundancia de poetas revela las aficiones y facultades literarias del país. Todos en él gustan de los



MUSEO DE BELLAS ARTES. SALA DE PINTURA RELIGIOSA

de oro se ocupa en los bajos mesteres de la política. «Hay que vivir.» El poeta es pobre en este país de ricos, y como buen argentino tiene, además, una familia numerosa á la que atender. Su carácter independiente, ardoroso, de «guerrero de las letras», influye en su labor política, manteniéndolo alejado de los gobernantes.

Es lástima que por apremios económicos de la vida no pueda salirse del periodismo, que tantas inteligencias lleva devoradas. Harto conocida es la frase de Girardin: «El periodismo lleva á todas partes, siempre que se abandone á tiempo». Y es posible que Lugones

versos, ó los respetan como una manifestación patriótica. Pero nadie se acuerda de que los poetas comen lo mismo que los otros mortales, ni cuida de su mantenimiento. Poco más ó menos, igual que ocurre en Europa. Se puede vivir en la República haciendo cualquier cosa; todo menos versos. Y los poetas jóvenes tienen que entregarse á la pedagogía, refugio de todos los hombres de letras que no se sienten armados para los negocios. El que en esta nación que ahora empieza á poblarse intenta vivir de la literatura, es un verdadero héroe.



DON RICARDO ROJAS

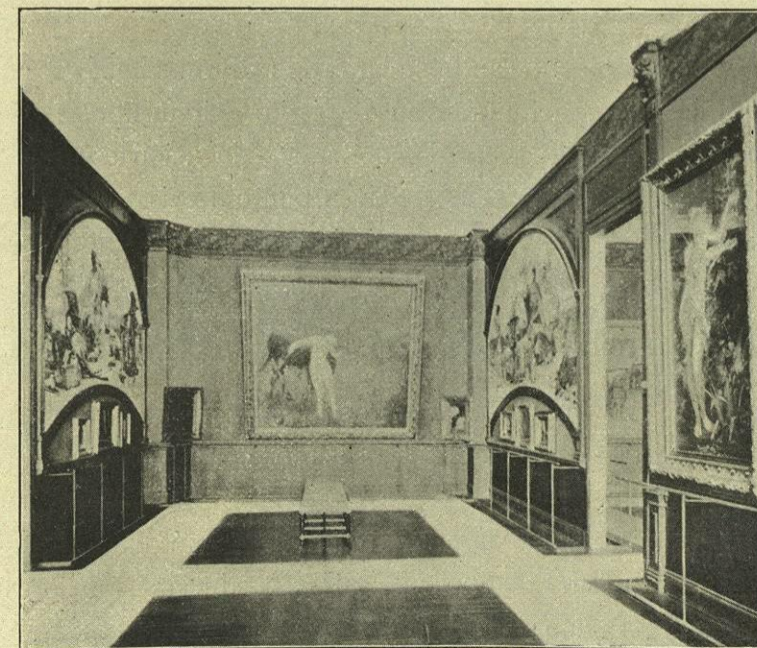
* * *

La poesía popular argentina no ha sido obra espontánea y anónima del pueblo, como en otras naciones, sino producto de escritores más ó menos cultos, que hicieron descender sus versos á las últimas clases sociales. Éstas los adoptaron al reconocerse en ellos con su lenguaje, sus costumbres y sus defectos.

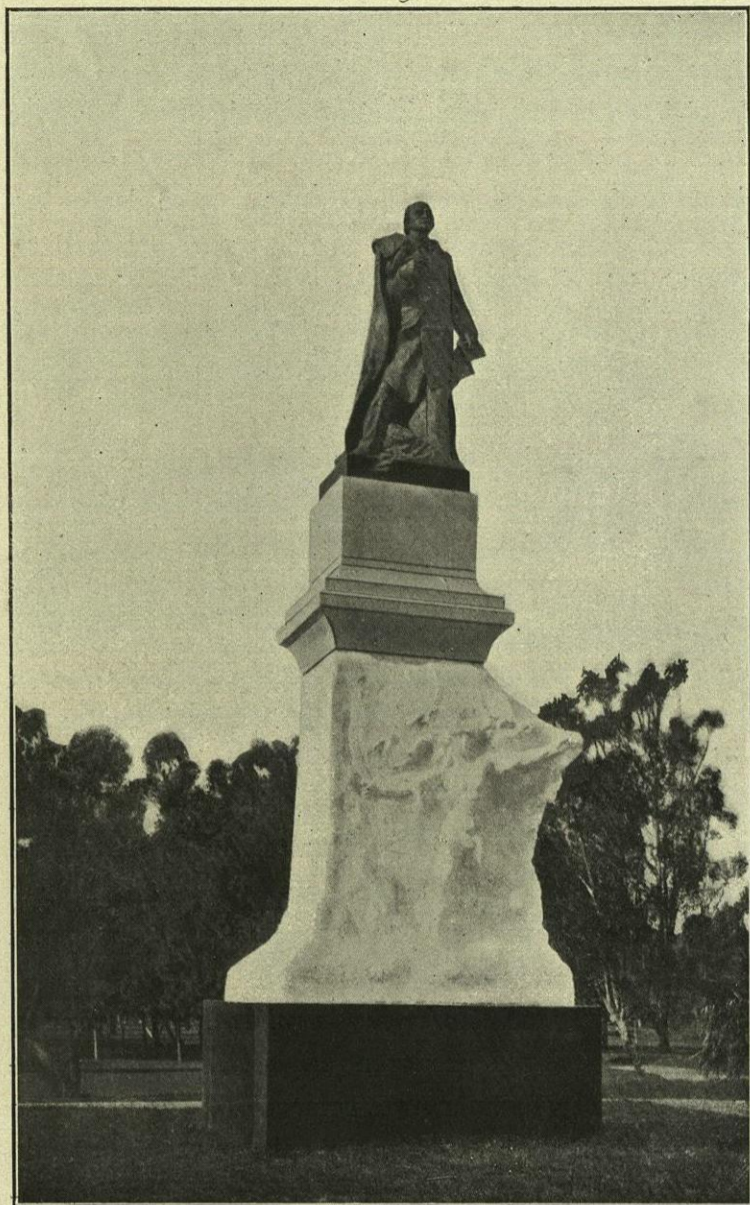
Los primeros cantores populares fueron Bartolomé Hidalgo, autor de coloquios gauchescos y graciosos, é Hilario Ascabusi, que narró, en estilo poético, las aventuras dramáticas de los gauchos *Santos Vega*, *Aniceto el Gallo* y Paulino Lucero. Luego apareció el *Fausto*, de Estanislao del Campo, obra en la que un campesino, llamado *Don Anastasio el Pollo*, cuenta á su aparcerero *Don Laguna* cómo vió al diablo en Buenos Aires durante una representación de *Fausto*, que él toma por realidad. Esta caricatura gauchesca del poema de Goethe, resulta graciosa por el lenguaje y las imágenes que emplean los dos rústicos.

La producción más célebre de la poesía popular fué el *Martín Fierro*, de José Hernández. De las ciudades á los ranchos más lejanos sus versos corrieron de boca en boca y se guardaron en todas las memorias. Es el poema del gaucho pobre, perseguido, arrojado de su vivienda, con la familia en dispersión, que, al fin, se hace *matrero* y pelea y mata, llevando la existencia errante del bandido. Esta obra tiene cierta semejanza con los romances andaluces de ladrones heroicos, que durante tantos años hicieron las delicias de los campesinos de las provincias del Sur de España.

Gentes rudas, de un origen común, entusiasmábanse á un lado y á otro del Atlántico con las hazañas de estos caballeros andantes del trabuco, que parecían consolarlos de su pobreza y servidumbre. Pero *Martín Fierro* tiene sobre los romances españoles bandolerescos y la poesía popular de otros países la indiscutible superioridad de ser un estudio de sociología ingenua, que nos ilustra sobre la vida argentina de los tiempos en que se escribió. El desdichado Martín Fierro se hace bandido por huir de la leva. Quieren convertirlo en solda-



MUSEO DE BELLAS ARTES. SALA DE DESNUDO



BUENOS AIRES. ESTATUA DE SARMIENTO (Obra de Rodin).

que le favorece. Cuando se ha producido mucho, forzosamente ha de encontrarse en una labor tan fecunda mucho también de nimio y circunstancial, que pierde todo interés al transcurrir el tiempo. Dejando aparte las obras de educación escritas por Sarmiento, de gran valía pedagógica, sus libros maestros, desde el punto de vista literario, son *Facundo* y *Recuerdos de provincia*.

Este autor, que nunca sintió la tentación de escribir novelas, á pesar de que gustaba ensayarse en diversos géneros literarios, poseía notables condiciones de novelista. Traductor de Walter Scott y lector entusiasta de Fenimore Cooper, se valió para sus estudios históricos y para el relato de la propia vida de procedimientos novelescos. Los paisajes del *Facundo*; la descripción del tenebroso lancero de los llanos, con su ferocidad y sus generosidades inesperadas; la dramática escena del tigre cazador con que empieza el libro, todo ello es trabajo de romance moderno.

El historiador argentino empleó los métodos de descripción y análisis de la novela naturalista, al mismo tiempo que Balzac producía sus mejores obras, y muchos años antes de que tomasen la pluma Flaubert y Zola. ¿Qué son los *Recuerdos de provincia* sino una hermosa novela de observación, que tiene al mismo autor por protagonista, y cuyos personajes, tomados de la

do á la fuerza, para que vaya á luchar por un caudillo en aquellos tiempos de anarquía, y él escapa, siendo su fuga el suceso inicial de todas las desgracias que luego le afligen.

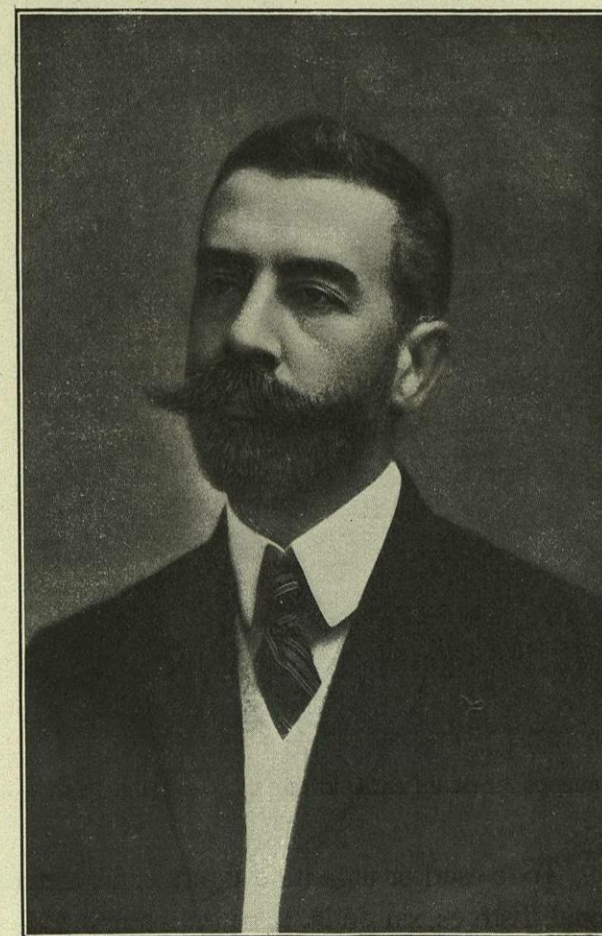
* * *

De las obras en prosa, las primeras que alcanzaron celebridad en Argentina fueron las de Sarmiento. Cuando éste dió al público sus *Viajes por Europa, África y América*, la edición se agotó en dos meses, caso nunca visto hasta entonces. Sarmiento publicó mucho. Hombre de combate y de gran facilidad productora, pasó más de la mitad de su existencia pluma en mano, escribiendo sobre toda clase de materias, en periódicos, folletos, revistas y libros.

Sus admiradores han cometido la ligereza de coleccionar y publicar cuanto escribió, absolutamente todo, hasta su correspondencia privada, sin perdonar cartas insignificantes. Esta minuciosidad gran artista, más bien le perjudica

realidad, ofrecen una exactitud y una vida asombrosas? Muchas escenas célebres de la novela moderna no resultan superiores á la descripción de la pobre casa de San Juan, con el patiecillo y la higuera secular, á cuya sombra trabajaba la madre de Sarmiento, para ayuda de la prole; ni á las disputas de familia sobre un viejo cuadro de San Vicente, y las genialidades del cura belicoso que sirve de maestro al futuro grande hombre. Todos estos relatos son Balzac puro. ¡Lástima que Sarmiento, ocupado en la política y entregado á la pedagogía, no produjese una novela! El que tan á fondo conoció el alma del gaucho, por haberla estudiado directamente, ¡qué obra maestra pudo dar á la literatura universal! Le habrían bastado para ello las materias de observación contenidas en los capítulos de *Facundo*, sobre el rastreador, el baqueano, el gaucho malo, etc. Tal vez Argentina hubiese sorprendido á Europa enviándola, á cambio de las obras de sus autores eminentes, una novela grandiosa, salvaje, genial, compendio de una raza y una historia. Para ser novelista faltábale á Sarmiento la cohesión del relato, la unidad, cuya ausencia se nota en sus mejores obras. ¡Pero quién sabe si tales condiciones las habría adquirido al proponerse escribir una novela! . . . Lo indiscutible en él es la originalidad de su observación, la riqueza y exactitud de sus cuadros descriptivos, el arte con que sabe retratar á un personaje. Los historiadores lo admiten á regañadientes entre ellos, creyéndolo un novelista. Los novelistas no pueden abrirle lugar en sus filas, porque no produjo obras de este género. Quédese el genial argentino buenamente entre sus hermanos Michelet, Quinet, etc., grandes artífices de la realidad, maestros en el arte de contar, que definieron su género predilecto con estas bellas palabras: «La Historia es una resurrección».

En la literatura contemporánea de la República, el escritor que más se aproxima á Sarmiento es Joaquín V. González. Este parecido se basa en la identidad de gustos literarios, aunque no de lenguaje, pues el segundo escribe con más corrección que el primero. No hay la menor semejanza entre los dos en punto á facultades productoras. Sarmiento era una especie de cohete suelto, una bomba genial, que convencía por explosión. González es brillante, silencioso y tibio, como una espada puesta al sol, y en su trabajo literario avanza por penetración. Los dos, á pesar de la divergencia de sus caracteres, han sentido la necesidad de describir el mundo que rodeó sus primeros años. Sarmiento inmortalizó la vida monótona de San Juan en sus *Recuerdos de provincia*. González ha esculpido como un artista griego, en *Mis montañas*, la



DON JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

imagen de la pobre y pintoresca Rioja, donde transcurrió su niñez; la altiva cumbre del gigantesco Famatina; los condores que vuelan junto á los picos de los Andes, y que él contempla desde el fondo de un barranco, empequeñecidos por la distancia, insignificantes como los corpúsculos que pasan ante la lente de un telescopio. La prosa de González es lírica. Se encuentran